

Arquitectura frugal

Manuel Mateo Pérez

Comenzaré con una provocación: Puede que los arquitectos sean los profesionales con un egocentrismo más desaforado. O quizá los segundos, o los terceros, o los cuartos. No sé bien cuál es el orden. El narcisismo de los arquitectos sólo lo igualan los escritores, los pintores y los músicos. No es un asunto intrascendente: Los filósofos griegos paseaban la vieja Atenas quejándose de la arrogancia de los poetas, que se creían los únicos capaces de explicar con palabras el sentido de la creación y los sentimientos. Y el de los arquitectos, que se adjudicaban el papel de edificar la casa de los dioses y por eso mantener con ellos un contacto más cercano que el del resto de los mortales.

En ocasiones, hasta cuando el arquitecto trata de ponerse modesto y a escala humana yerra con frases como la que le oí decir al australiano Glenn Murcutt, premio Pritzker el pasado año, al afirmar: “Puede que yo sea uno de los pocos arquitectos del mundo con amor a la humanidad”.

A mi modo de ver tanta arrogancia se explica por el hecho de que estas cuatro profesiones trabajan a fin de cuentas con los mismos mimbres: El arte y la capacidad de crear las hermana a las cuatro. El escritor persigue explicarse frente al mundo con la disciplina de la literatura. El músico busca en las melodías el atajo que conduce a las emociones. El pintor roba a la naturaleza los colores que luego ensalzarán nuestros sentidos cuando los veamos mezclados en el lienzo. Y el arquitecto abriga con sus construcciones nuestro deseo de ser felices en un mundo que se permite el capricho de exponernos a los días calurosos y las noches frías. Pero más allá de las diferencias entre cada uno de ellos hay algo en lo que sí coinciden: Sin el arte ninguno de estos cuatro resultados sería posible.

Las diferencias entre unos y otros existen y están acotadas. Escritores, pintores y músicos tenemos más que ver los unos con los otros que los arquitectos con cualquiera de las tres disciplinas antes mencionadas.

Con los arquitectos, por ejemplo, conviene andarse con mucho cuidado. Conviene no opinar sobre sus obras, no entrar en terrenos pantanosos, porque corres el riesgo de que te recriminen con una altanera pregunta del tipo: ¿Y a ti quién narices te dio vela en este entierro para poder opinar sobre mi obra? O esta otra: En realidad ¿Tú qué sabes lo que está bien o lo que está mal? Pero hay algo que no admite discusión: Las consecuencias sobre el trabajo de los escritores son a todas luces menores. Una mala novela acaba arrinconada en la esquina más polvorienta de la estantería. Pero en cambio un mal edificio será un tormento para las personas que viven a su lado o para aquellas que visitan ese lugar durante un largo e impredecible tiempo. Un escritor, a fin de cuentas, es un personaje olvidable. Pero ustedes no. A ustedes sí hay que pedirles una mayor responsabilidad, muy por encima de la que se me debe pedir a mí o a mis colegas músicos o pintores. Sus obras permanecerán a la vista de todos, a la mía, a la de mis gentes, a las de mis hijos. Y todos nos veremos obligados a enfrentarnos a ellas por mucho que en ocasiones nos disgusten o nos dañen. En cambio al lector le basta con cerrar mi libro si no le gusta lo que escribo y olvidarse en unos segundos de mi nombre.

Pero centrémonos sólo en la arquitectura. Había citado unas líneas más arriba al arquitecto Glenn Murcutt. Imaginémoslo paseando su granja de canguros, levantándose

temprano para proyectar alguna de sus célebres casas o para ultimar alguna charla que esos días debe pronunciar en alguna universidad americana. Murcutt defiende un conjunto de máximas que me han hecho pensar estos días en que no todo está perdido. Hay clientes que esperan cinco años un proyecto suyo. Ha dicho no a propuestas económicas que nos harían nublar nuestra codicia y sólo se dedica a construir viviendas, la mayor parte en su propio país. Murcutt confiesa que para hacer un edificio el arquitecto necesita conocer sólo dos cosas: el terreno y la cultura del lugar. Atina cuando asegura que el terreno puede llegar a conocerse. Pero la cultura es más difícil. Cuesta años. Un arquitecto noruego amigo suyo le dijo un día que hasta que no se es capaz de disfrutar del crujido de la nieve bajo una pisada no se llega a comprender el paisaje de su país.

Murcutt se ha confesado discípulo del arquitecto español José Antonio Coderch que una mañana le confesó que cada proyecto nuevo le quitaba el sueño. Aquella conversación cambió su vida. Volvió a su país, se despidió del estudio en el que trabajaba y montó su casa independiente. Murcutt comenzó a formar parte de esa extravagante cofradía de arquitectos que se quedaba la noche en vela ante un proyecto nuevo. Y hoy, muchos años después de su primera firma, aún confiesa sentir la emoción de los primeros días y un tintineante entusiasmo que acaba por traducirse, se quiera o no, en una obra bien hecha. Murcutt pasó estrecheces y aprendió a vivir a partir de entonces con frugalidad. Y fue en ese instante cuando comprendió que la mejor arquitectura nace precisamente de esa palabra, de la frugalidad.

En lo que ha de comprometerse la arquitectura es en dar respuesta a los problemas reales. De ningún modo puede convertirse en una imposición. Hoy cada vez más arquitectos proyectan edificios desahorados y extraños porque aseguran que la tecnología se lo permite. Pero eso encierra un riesgo. Soy de la opinión de que poder hacer una cosa no legitima a hacerla. No vean en ello un discurso conservador. Todo lo contrario. En miles de años las necesidades básicas del ser humano no han variado. Seguimos sintiendo lo mismo que sentían nuestros antepasados. Nos dan miedo, nos alegra, nos entristecen y nos excitan las mismas cosas. Y la arquitectura, en ocasiones, parece haber dado la espalda a esa máxima.

Viajemos por España. En Sevilla, por ejemplo, asistimos al reto de tratar de comprender el proyecto que Mayer hizo para la plaza de la Encarnación, unos enormes hongos gigantes, desafiantes y desproporcionados que han inutilizado para siempre la delicada proporción de una plaza urbanizada en tiempos del barroco. No conviene salir de Sevilla sin pasear por la Isla de la Cartuja. En el pabellón de los Descubrimientos de la Expo 92 el arquitecto argentino César Pelli proyecta construir un rascacielos de 178 metros de altura, el doble de la Giralda que amenaza con destruir el equilibrio del sereno skyline hispalense. La torre es un encargo de una entidad bancaria y cuenta con el respaldo de los políticos municipales que juegan a ser faraones en una época en que las pirámides han dejado de tener forma triangular para alzarse como falos fríos e inapetentes.

El pasado mes de junio un grupo de técnicos del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios, el Icomos, una organización que asesora a la Unesco en materia de conservación del patrimonio mundial, visitaron las obras. Sus caras eran un poema cuando constataron que las obras no se habían paralizado, tal y como la Unesco había aconsejado a la espera de un informe sobre el impacto visual de la torre, no ya solo frente a la Giralda, sino en su entorno más inmediato, situado a orillas del río

Guadalquivir y a las puertas del barrio de Triana, que mejor o peor ha podido conservar una escala piadosa.

La Unesco ya ha advertido que retirará el título de Patrimonio de la Humanidad si los promotores persisten en su empeño de construir la torre del arquitecto argentino. Pero a estos parece darles igual que Sevilla se quede sin el título más reconocido y anhelado por las ciudades que sí saben y quieren cuidar y preservar su patrimonio histórico.

En Córdoba, no muy lejos de la capital andaluza, un trabajo de Rem Koolhaas, el autor del libro “Delirio de Nueva York” parece haber mimetizado con esa palabra al proyectar el nuevo palacio de congresos y exposiciones, que se plantea ubicar en un extremo del meandro que dibuja el Guadalquivir a su paso por esta ciudad, próximo a la Torre de la Calahorra y frente a la Mezquita. Koolhaas ha dibujado un edificio desproporcionado y el debate que de un tiempo a esta parte se libra en la ciudad recuerda aquel otro que en el primer tercio del siglo XVI mantuvo la antigua capital omeya cuando el obispo mandó destrozarse el corazón de la Mezquita para construir una catedral católica. Lástima que ahora no exista entre nosotros alguien que como el emperador Carlos V reprenda al torpe obispo “por haber deshecho lo que era único en el mundo”.

Estos ejemplos devuelven a la actualidad las palabras del historiador de arte William Curtis cuando dijo, refiriéndose a España, que nuestro país está sembrado de muchos ruinosos proyectos monumentales que costará una fortuna terminar y administrar luego. Curtis ponía el dedo en la llaga al aseverar que la arquitectura ha derivado en un instrumento convertido en una especie de vulgar publicidad que conviene a los objetivos de la plutocracia internacional y de los promotores inmobiliarios. Pero yo debo confesarme hastiado de esa terminología en la que siempre vemos al enemigo sentado en los mismos sillones. ¿Qué papel juegan entonces los arquitectos? ¿No habría que reprenderlos con la misma fuerza? Sí. Sin duda.

El lobby de los arquitectos estrella ha seguido ese juego y ha reducido la calidad de sus intervenciones, ha dado la espalda a una disciplina más equilibrada, vinculada a las necesidades sociales, a los valores cívicos, al espacio urbano y a las preocupaciones por el medio ambiente.

En Santiago de Compostela, el ex presidente de la Xunta de Galicia Manuel Fraga invitó a vieiras y centollos al arquitecto Peter Eisenman, y a los postres le retó a proyectar la Ciudad de la Cultura. Cuando ya se despedían el viejo político franquista le dijo: “Por los costes no te preocupes. Construyamos el proyecto cueste lo que cueste”. Probablemente, Fraga debió de inspirarse en el Valle de los Caídos, esa suerte de totalitarismo que Dejan Sudjic denunciaba en su libro “La arquitectura del poder”, subtítulo “Cómo los ricos y poderosos dan forma a nuestro mundo”. No se puede entender, de otro modo, que un proyecto tan desproporcionado ondee a pocos metros de una de las ciudades que mejor ha sabido conciliar su escala y el difícil equilibrio entre las personas y la rigurosa naturaleza de este rincón peninsular.

Santiago de Compostela, que ejerce de capital política de Galicia, es una ciudad pequeña de noventa mil habitantes. A las afueras, la Ciudad de la Cultura ocupa un terreno de setecientos mil metros cuadrados. Aún no se sabe bien para qué sirve. Pero sí los números que en su día se pagaron. En 1999 el proyecto sumaba 108,2 millones de euros. Sólo ocho años después, en 2007, las revisiones a su presupuesto se elevaron por encima de los quinientos millones. Eisenman, frente a las críticas, respondía siempre de la misma forma: “Cuando esté terminada mi grandeza sólo El Escorial admitirá una comparación”.

Hace unas semanas llegó a mis manos un libro que me quitó el sueño. Se titula “Arquitectura milagrosa” y está escrito por Llàtzer Moix, periodista cultural y crítico de arte en el diario barcelonés La Vanguardia. El libro está editado en Anagrama y les sugiero su lectura, en especial a los más jóvenes. Moix lleva años escribiendo sobre esta disciplina y confiesa que pese a su bagaje muchos arquitectos aún cuestionan sus puntos de vista. Están en su derecho, sólo faltaría. Lo que en todo caso resulta irreprochable son los ejemplos que ilustran su libro, desmanes comidos por arquitectos estrella que han costado miles de millones de euros y cuya utilidad aún sigue constituyendo una insalvable incógnita.

Les propongo ahora viajar a Valencia y pasear por el cauce del río Turia. Al poco de salir del casco histórico, que en otro tiempo estuvo amurallado y cuyas puertas aún sostienen parte del mito monumental de la tercera ciudad más habitada de España, nos toparemos con la Ciudad de las Artes y las Ciencias, realizada por el inagotable Santiago Calatrava. Cuando a principios de los años noventa el proyecto estaba en pliegos de papel, el lobby que dirige la esposa de este ínclito arquitecto valoró el proyecto en 30.000 millones de pesetas, unos 175 millones de euros, a todas luces una fortuna para la época. En 2007, todavía muy lejos de su terminación, el megalómano proyecto se había tragado 1.137 millones de euros, es decir 188.742 millones de las antiguas pesetas. Como bien saben la Ciudad de las Artes y las Ciencias es un conjunto de edificios a los que algunos han buscado metáforas animales por su forma y su estructura. Su edificio central, el Palau de les Arts, es uno de los más reconocidos desde su exterior por su forma de casco de ciclista. En 2008, hace dos años –no se tienen aún cifras del pasado año 2009, debido a la opacidad con la que la Generalitat valenciana dirigida por Francisco Camps trata, como bien saben todos, sus asuntos económicos- su mantenimiento anual suponía ya treinta millones de euros.

No sabemos qué lugar ocuparán muchos de estos arquitectos en la historia del arte, pero dudo que algunos de ellos puedan salvarse de la quema. Pero a quién le importa el lugar que su nombre ocupará en los libros cuando se ha enriquecido en vida y ha satisfecho su desmesurada egolatría. En esta apoteosis del pelotazo, en esta empatía hacia un gremio tan vanidoso, hemos debido soportar obras descomunales cuya caligrafía extrema no alcanza a entender nadie. Nos enfrentamos a edificios insensatos, cuyo coste y mantenimiento han salido de nuestro bolsillo y cuya verdad quedará como el libelo de un tiempo imperdonable en el que todos nos volvimos insensatos. Más me duele saber que buena parte de estos arquitectos han elegido España porque hubo un tiempo no muy lejano, hace apenas unos años, en que cualquier alcalde, presidente autonómico o nuevo rico pretendía encararse la máscara de Tutankamón para dejar constancia histórica de su paso por esta tierra que ahora se ha quedado sin un euro que llevarse al bolsillo. Aquellos divos que se han paseado en su jet privado y que han sido requeridos en medio mundo por dictadores y ex comunistas, por jeques y plutócratas guardaban hacia España una especial atención porque sabían que sus astronómicos honorarios serían atendidos por cuentas bancarias que parecían no tener fin. El escritor jiennense Antonio Muñoz Molina recordaba hace un tiempo que al alcalde de Nueva York, que de su propio patrimonio había puesto cien millones de euros para hacerse su campaña, los honorarios de Santiago Calatrava le parecían indecentes.

Como todos ustedes bien saben esta deriva comenzó antes que Ghery proyectara el Guggenheim en la capital vizcaína. Comenzó a principios de los años noventa en capitales como Barcelona o Sevilla que debieron atender sus respectivos

acontecimientos internacionales con altas costuras arquitectónicas e irregulares resultados. La hermosa pieza que Ghery hizo para Bilbao transformó una de las capitales más grises de España en un destino cultural de primer orden. La arquitectura había hallado el camino para servir a la ciudadanía. Aquel ejemplo despertó la codicia de políticos y promotores, y ninguna gran capital quiso privarse de su icono. Era más rutilante encargar estos grandes fastos a arquitectos estrella, cuyos honorarios eran más elevados que la reconstrucción piedra a piedra del Machu Pichu, que a profesionales españoles que como bien recordaba Glenn Murcutt conocían nuestra cultura con más atino y sensibilidad que los foráneos. Hace años, lo recordé ayer mientras ultimaba estos folios, escuché a un relevante político andaluz socialista decir: “¿Cómo vamos a encargarle este proyecto a un arquitecto español? Cobra muy barato. Con un presupuesto tan pequeño nadie nos tomará en serio”.

Pero lo que más me preocupa es que frente a tanto despilfarro lo que más sorprende es la ausencia de contestación y denuncia por parte de la ciudadanía. Ni una voz crítica. Sólo silencio en una sociedad que ha dimitido del pensamiento. Ni una crítica ante tanto despropósito estético y económico en una democracia sin pulso cívico ni controles legales, donde cualquier político es capaz de salirse con la suya para beneficiar a unos pocos y perjudicar a una mayoría.

Y hoy en qué situación nos encontramos. Hete aquí que ahora España es otra. Ya no es el maná inagotable en el que habían confiado los promotores inmobiliarios y los insensatos políticos que nos han venido gobernando. El dinero se ha acabado. Y las cajas han quedado vacías para atender los pagos de las obras que están en marcha e incluso para poder mantenerlas. Y esa circunstancia se prolongará durante bastantes años. ¿En qué lugar queda el arquitecto? Aquellos que llevan el apellido de una estrella deberán buscar nuevos mercados. No les quedará otra. Siempre habrá algún jeque al que convencer, algún sátrapa con aspiraciones de emperador o algún político insensato que prefiera hipotecar el futuro económico de su pueblo por una obra que lo recuerde para siempre, aunque sea para mal.

En España las grandes obras han quedado paralizadas hasta nueva orden. Y en Europa y en Estados Unidos también. El Triangle, de los suizos Herzog and Meuron, auspiciado por el mesiánico Sarkozy para la puerta de Versalles de París es una incógnita al igual que el futuro más inmediato de la Liberty Tower que se proyecta levantar en la zona cero de Nueva York. Tampoco están aquellos bolsillos para muchos gestos. Visto lo visto qué sentido tienen las palabras del demiurgo francés Jean Nouvel cuando dijo: “Hoy impera la estética de la dominación de la materia, el milagro de la ilusión. Soy partidario de una arquitectura de la diferencia, que vaya a por todas. Nos hace falta una arquitectura oportunista en el mejor sentido de la palabra”. Leídas con distancia estas opiniones se revelan hoy como una imperdonable grosería.

Termino. A estas alturas de la charla se preguntarán que relación guarda todo lo que les he dicho con el enunciado de mi conferencia. Yo diría que mucho. Fíjense bien: Los medios de comunicación, es especial los escritos donde el desarrollo de la exposición, la crítica y el análisis se prestan a una mayor extensión, llevan más de una década preguntándose todo esto. En este tiempo han jugado un papel dual. De un lado, han pregonado las excelencias de estas arquitecturas con toda suerte de elogios y panegíricos. Y de otro han sido los únicos voceros que han denunciado el derroche que representaban. Hasta hace diez o doce años ningún gran periódico español contaba entre

su staff con periodistas culturales especializados en arquitectura. Era un territorio inexplorado y los directores de los medios se preguntaban qué interés podían tener para sus lectores las crónicas sobre esta disciplina más allá de alguna colaboración puntual, procedente casi siempre de Barcelona y su entorno. La cosa cambió cuando la burbuja inmobiliaria obligó a dar respuestas sobre lo que estaba sucediendo en nuestro país. Algunos medios atinaron al elegir a sus críticos. Y otros no tanto. Se fundaron revistas especializadas –todos ustedes conocen, por ejemplo, El Croquis, que es un referente en su campo- y algunas emisoras de radio comenzaron a entrevistar a arquitectos que de un modo muy didáctico, como si en realidad se dirigieran a una clase de parvularios, explicaban sus proyectos como el profesor de primero enseña estructura y cálculos a sus alumnos recién llegados. Cadenas de televisión comenzaron a retransmitir en sus informativos la primera piedra de los grandes iconos faraónicos y hasta hubo alguna – recuerdo ahora a Manuel Vicent en la Segunda de Televisión Española que dirigió un maravilloso programa titulado “Elogio de la Luz”- que hasta encargó seriales especializados.

Pero de unos años a esta parte, superado el prejuicio de hablar de algo que parecía pertenecer tan solo a una casta sacerdotal, los medios de comunicación se han dado cuenta de que la arquitectura es un asunto demasiado serio como para tratarlo en pequeños articulitos y reportajes dominicales de una sola página. Ahora el debate que se suscita en ellos es el despilfarro que muchas obras han costado y la deuda que hemos contraído con edificios de esa naturaleza.

El debate mira desde hace tiempo hacia otros profesionales que han sido capaces de poner en pie aquel axioma pregonado por Murcutt y conocido, inventemos el término, como arquitectura frugal. Ahora que nos hemos dado cuenta de que vivimos por encima de nuestras posibilidades, de que gastamos la herencia de nuestros abuelos y de que mañana por la mañana nos espera el pelotón de fusilamiento caemos en la certeza de que debemos replantearnos demasiadas cosas, tomar un respiro y meditar qué vamos a hacer mañana.

No pretendo asustarles. Pero si alguno de ustedes eligió la maravillosa carrera de arquitectura con la sola aspiración de convertirse en el nuevo Santiago Calatrava del siglo XXI lo mejor que pueden hacer es desistir de su empeño y prepararse mejor unas oposiciones para Correos.

Quédese con la lección de aquellos que para sentirse importantes no necesitan contraer matrimonio con una antigua sexóloga, amante del lujo y de los libros caros, ni de aquellos otros cuyo lobby sólo aceptan sentarse a la mesa si son capaces de firmar proyectos cuyo precio de salida no baja nunca de los doscientos millones de euros.

Hagan suya la arquitectura frugal. Porque a los estrellas no los necesitamos. Pero en cambio a ustedes sí.

Esto ha sido todo. Muchas gracias por su paciencia y su atención.